

colección
**PERIODISMO
CULTURAL**

*Por sus comas
los conoceréis*

Huberto Batis



Introducción no pedida

Invitado por el Conaculta, y auxiliado primero por la investigadora María Ivonne Díaz, y luego por las editoras Patricia Pineda y Mireya Vega, me di a reunir textos propios y ajenos sobre las revistas y suplementos literarios que he estudiado o en los que he participado, comenzando por *El Renacimiento* (1869) de Ignacio Manuel Altamirano (del que hice una edición facsimilar en 1979 —50 aniversario de la Autonomía de la UNAM, reeditada en 1993, centenario de su muerte—), periódico que inspiró los *Cuadernos del Viento* (1960-1968) que hice con Carlos Valdés; siguiendo por la *Revista Mexicana de Literatura* (1959-1965) en su tercera época, dirigida por Juan García Ponce (a cuyo Consejo de Redacción me invitaron después de una sonada polémica que sostuve con Juan Vicente Melo sobre “las buenas intenciones que el viento se llevó” y el elitismo); continuando con la *Revista de Bellas Artes* (1965-1970), que me encargaron Agustín Yáñez, secretario de Educación, y José Luis Martínez, director del INBA; pasando por mis experiencias en la Dirección de Publicaciones de la UNAM (1966-1967), después de Rubén Bonifaz Nuño; en la Coordinación Editorial de los XIX Juegos Olímpicos, bajo la dirección de Beatrice Trueblood (1967-1969); en la Gerencia de Producción del Fondo de Cultura Económica con Raymundo Ramos (1969-1970), y con él mismo al frente de la revista *La Capital* de Alfredo Kawage Ramia (1971-1972), antes de mi retorno al mundo académico como maestro e investigador (que me reservo para otro libro por venir).

Paso luego a mi participación como reseñista de libros en los suplementos *México en la Cultura* de *Novedades*, dirigido por Fernando Benítez hasta el número 665, y luego en *La*

Cultura en México de la revista *Siempre!*, que nos dio refugio. Con José de la Colina echamos a andar el suplemento cultural que *El Heraldo* le confió a Luis Spota (1967); y también con *Pepe*, diez años después, me lancé a la más larga aventura de mi vida (duró 22 años) con Benítez y De la Colina en la primera etapa, en el *unomásuno* de Manuel Becerra Acosta y Carlos Payán, quienes nos encomendaron el suplemento *sábado*, el cual contó con las firmas más conspicuas de la llamada *mafia* (cuyo *capo* había sido siempre Benítez), con las “estrellas” de las revistas *Vuelta* y *nexos*, con mis colegas académicos de la UNAM, profesores e investigadores, así como con los alumnos aventajados, cantera perenne que ha nutrido nuestras páginas generación tras generación; más los escritores de la emigración del Cono Sur, quienes —como los *transterrados* que nos envió la guerra civil española— se refugiaron en el suplemento *sábado* que supo ganarlos dada nuestra causa común, tanto estética como ideológica.

Pero vino pronto la diáspora que las diferencias partidistas provocan en casi todas las publicaciones que pretenden unir voluntades con tolerante pluralismo. Octavio Paz se llevó a sus huestes primero a *El Universal*, a un suplemento dirigido por Eduardo Lizalde y jefaturado por De la Colina. Los escritores de *nexos* se fueron con Héctor Aguilar Camín, quien emigró con los disidentes que dejaron el *unomásuno*, capitaneados por Carlos Payán, a *La Jornada*, y ahí fraguó la revista cultural *Semanal*, en cuyo trono muy pronto pudo poner a Fernando Benítez, separándolo de Becerra Acosta, su “hermano-hijo”. Lo sucedieron Roger Bartra, Juan Villoro y Hugo Gutiérrez Vega. Lizalde me invitó, inútilmente, a abandonar el *unomásuno*; luego De la Colina pasó al *Novedades*, con los auspicios de Miguel Alemán Velasco, en donde con Juan José Reyes y otros ha mantenido un excelente *Semanario* cultural.

El *unomásuno* sobrevivió al *golpe* de los disidentes, y Manuel Becerra Acosta me colocó en la Subdirección Editorial (que habían tenido Jorge Hernández Campos, Héctor Aguilar Camín y Miguel Ángel Granados Chapa, entre otros), donde quedé encargado de los artículos de opinión política nacional e internacional, economía, justicia, ciudad y cultura. Eran las

postrimerías del presidente Miguel de la Madrid, y Becerra Acosta dio cabida en su periódico a la *Corriente Democrática* de Rodolfo González Guevara, Cuauhtémoc Cárdenas, Porfirio Muñoz Ledo, Ifigenia Martínez *et al.* En cuanto se apoderó de la Presidencia de la República, Carlos Salinas de Gortari forzó la separación de Becerra Acosta del *unomásuno*, quien se “auto-exilió” del país e incluso vendió el diario al gobierno por interpósita persona. Todavía se le permitió a Becerra Acosta designar sucesor y dejó en la Dirección a Luis Gutiérrez Rodríguez. Una vez más logramos impedir que el *unomásuno* zozobrara; conseguimos un préstamo de Banobras y recuperamos el control de nuestra fuente de trabajo. Descapitalizados, satanizados por las derechas y las izquierdas, hostigados por los acreedores, no pudimos recuperar la *cartera vencida* (casi toda acreditable al Partido Socialista Unificado de México), el *unomásuno* enderezó su rumbo de libre expresión y opinión plural, y el salinismo nos dejó varados con apenas vida latente. Luis Gutiérrez pagó el precio con la mayor dignidad que le fue posible; se mofaban de nosotros llamándonos el segundo *Diario Oficial* o el remedo de *El Nacional*, y por más que buscamos una mayor independencia en la publicidad privada, en campañas de suscripciones, en búsqueda de socios capitalistas que no pretendieran dictarnos rumbo político, todo se nos negó a pesar de la calidad profesional de nuestras ediciones. En un respiro, logramos añadir al diario un suplemento ecológico, otro universitario, uno más de espectáculos y guía del ocio de fin de semana, además de reforzar los suplementos político-económico *páginauno* y el cultural *sábado*, que siempre contó con la protección del director Luis Gutiérrez, que le mantuvo su libertad de “lenguaje total” (en expresión acuñada por Raymundo Ramos), además de que gozaba de la preferencia de los lectores por todo el país (lo que hacía multiplicar el tiraje los sábados).

De todas estas peripecias, conflictos, triunfos y descalabros podrá enterarse el lector que siga el devenir del suplemento en estas páginas, visto no sólo por mí sino —por feliz idea de las editoras Díaz y Pineda— contado por varios de mis colaboradores sabatinos. Ellas mismas hicieron la selección

de textos escritos con ocasión de nuestro número de colección “mil”, de la entrega con que celebramos “los primeros 20 años de *sábado*”, de las “encuestas” que entre intelectuales hicieron Fernando Tola de Habich y entre lectores adictos Antonio Cruz de Blas, así como de las páginas de “homenaje” que tuvo la gentileza de desplegar en *La Cultura en México* de la revista *Siempre!* el escritor Ignacio Solares, gran amigo y antiguo colaborador de *sábado* (algunos textos los habían reunido Juan Coronel Rivera y Gonzalo Vélez para su revista *El Faro*, que nunca pudo imprimir su planeado último número). A todos ellos vaya mi gratitud porque me permitieron salpimentar mis capítulos incluyendo sus artículos testimoniales como *addenda* de respiro, amena redundancia en mis temas, cariñosos testimonios de mi ganada a pulso fama de “ogro”, y hasta correcciones que me llevan la contra (nada más faltó que me *desollaran* a placer).

Habiendo ya dejado atrás “la mitad del camino de nuestra vida” —como dice el Dante—, y viéndose precisado Luis Gutiérrez a conseguir de urgencia un socio empresario que nos permitiera modernizar los sistemas de producción del *unomásuno* ya obsoletos, el cual resultó ser Manuel Alonso Muñoz (con sus hijos Manuel y Jorge Alonso Coratella), el diario entró en un proceso de renovación total. Como las viejas máquinas de escribir Olivetti (línea 98), nuestras cámaras de fotografía antediluvianas, nuestras impresiones en blanco y negro en plena era del color, muchos de nosotros, empezando por el director y los subdirectores, los jefes de sección y de talleres, debíamos ya pasar a las reservas o de plano al *archivo muerto*. Vendimos nuestras acciones a los nuevos dueños, que exigieron el control total; los auxiliamos en la transición y empezamos a tramitar nuestras jubilaciones en el Seguro Social. El primero que se retiró fue el director Luis Gutiérrez (en su lugar vino Rafael Cardona, quien estuvo entre los fundadores del *unomásuno*, antes de emprender diversas aventuras que lo llevaron hasta la dirección de la revista *Época*, de Abraham Zabludovsky). Luego nos despedimos de Gonzalo Martínez Maestre, subdirector general, responsable de la edición diaria y de la primera plana (don Manuel Alonso

Muñoz le refrendó que su silla en la Mesa de Redacción estaría siempre esperando su regreso).

A mí se me complicó la salud y, por consiguiente, “lo gruñón”, con todas las secuelas que prefiguran que la demencia precoz se me ha adelantado en mi verde vejez. Pedí a don Manuel Alonso que me relevara de la Subdirección Editorial a mediados de 1999, y que me buscara un sustituto para la nueva época de *sábado* en el 2000. Con impar generosidad todo se me concedió. Mauricio Montiel, un tapatío como yo, quien hizo el suplemento de *Siglo XXI* en Guadalajara, y trabajó en *La Crónica Semanal* del periódico de Pablo Hiriart aquí en la capital, fue el elegido para heredar mis responsabilidades. Todavía hice los sábados de enero del 2000, y Montiel se inauguró brillantemente con el número 1166 el 5 de febrero. Regresé a mis orígenes, en la Redacción del suplemento *sábado*, en donde me ocupé de poner en orden el archivo de documentos y fotografías acumulados en dos décadas; escribo mis artículos para la Sección Cultural del diario, y preparo mis ensayos y el *Laberinto de Papel* bibliohemerográfico para *sábado*; atiendo a los antiguos colaboradores que han querido mantener sus secciones en la nueva época; con Catalina Miranda estamos preparando la edición de las memorias de más de cien colaboradores que ella entrevistó en los últimos meses del 99 y ha seguido en el 2000, junto con mis propios recuerdos que pacientemente va ordenando para los Apéndices de su tesis en la UNAM sobre *sábado*; además don Manuel Alonso me nombró asesor del nuevo director del suplemento. En tanto, tramito la jubilación en el IMSS, auxiliado por Gretta Cázares Fonseca.

Todo el equipo de producción de *sábado* se quedó en sus puestos: Julio Aguilar, el jefe de Redacción (en quien tuve la suerte de encontrar el “Batis” que me recomendó Benítez buscar para que me ayudara con el suplemento, y me superó con creces), ha sabido amoldarse al espectacular y elegante diseño de la nueva época, creado por Elizabeth García. Mi diagramador de tantos felices años, David Martínez, pasó a diseñar *páginauno*, el suplemento político que dirige Luis Gutiérrez Esparza, el cual tomó ya el formato de una revista.

Seguramente *sábado* va también para revista, con el fin de que permanezca en los expendios y en las librerías toda la semana, y puedan los coleccionistas conseguir números atrasados. Sé que infinidad de lectores atesoran los *sábados* empastados, pues el suplemento ha sido el registro de la cultura de las postrimerías del siglo XX, por lo que será imprescindible documento de consulta para los estudiosos, así como fuente de placer inagotable para quienes en *sábado* dejamos nuestros sueños, aventuras, juegos intelectuales, polémicas, dibujos, fotografías, erotismos y hasta alguna que otra pieza literaria inmarcesible. Los colaboradores eméritos han empezado a hacer la recolección de lo sembrado en dos décadas de creación literaria y de crítica, pues ha venido el tiempo de las antologías temáticas. Hay ya varios libros en prensa, tal como llegaron a libro en años pasados cuentos, poemas, crónicas, reseñas y hasta dibujos (la *Denisse* de Eko en Grijalbo).

Debo despedirme ya del lector. Sólo me falta llorar con él la muerte de tantos colaboradores de *sábado* (Nelson Oxman, José Rafael Calva, la bella modelo Mónica Linarte, Jaime Pastor, Elena Garro, Luis Mario Schneider, Ricardo Garibay, Carlos Valdés, Inés Arredondo, Héctor Xavier, Octavio Paz, Jaime Sabines, Juan Vicente Melo, Sergio Galindo, Juan Rulfo, Efraín Huerta, Alaíde Foppa, Abel Quezada, Juan Garzón Bates, Antonio Marimón, Ángel Rama, Marta Traba, Jorge Ibargüengoitia, Lya Kostakowsky y Luis Cardoza y Aragón, Raúl Cosío Villegas, Roberto Moreno de los Arcos, Carmen Corona, Eli de Gortari, José Durand, Max Aub, César Rodríguez Chicharro, Rubén Salazar Mallén, Juan de la Cabada, Agustín Yáñez, Jaime García Terrés, Luis Rius, Carlos Isla, Rosaura Revueltas, Agustín Bartra, apenas ayer *Pita* Amor y Héctor Azar...), y sólo he revisado los primeros tres tomos al azar.

A las 2 de la mañana del lunes 21 de febrero de este que se presenta nefasto año 2000, murió *El Hermanito* Benítez. ¡Cómo se sintió el duelo nacional por Fernando, verdaderamente querido por tantos y tantos! Con esta tristeza cierro este libro luctuosamente. Escribí para el suplemento de Montiel "El *sábado* de Fernando Benítez" un artículo a vuela pluma, que por supuesto no le hace la menor justicia. Necesitaría pedir

una beca para dedicarme a estudiar el *sábado*, contar mi amistad filial con Fernando y su esposa Georgina Conde, con quienes comí todos los viernes de varios años cuando iba por él para traerlo a hacer el suplemento en el *unomásuno*. Margarita Pinto y Gustavo García estuvieron grabándole a Benítez horas y horas de confidencias autobiográficas. No sé qué podrá rescatarse de lo que lograron poner en limpio. Margarita me trajo unas páginas sobre la amistad de Fernando con Diego Rivera, Machila Armida, Guillermo Haro (el astrónomo que le daba asilo a Benítez en Tonantzintla). Encontré numerosas repeticiones, *el eterno retorno de lo mismo* en la memoria del anciano. A mí me contó tantas cosas..., pero nunca tomé una sola nota. Sin embargo, siento que traigo dentro de mí al amigo entrañable Fernando Benítez, que a ratos se me sale en ademanes, inflexiones de voz, gracejadas, maneras de ver al mundo. Dejó su impronta en mí, creo que para bien.

Ya estando este libro en segundas pruebas, a cargo de Ulises Leyva Rendón, el sábado 24 de junio el *unomásuno* trajo en primera plana la noticia de la muerte de Manuel Becerra Acosta Bonfiglio (1932), con una fotografía en que sale riendo a mandíbula batiente, que el director del diario, Rafael Cardona, supo seleccionar de entre otras muchas que lo mostraban engolado, atufado, solemne, encabritado... El texto, también de Cardona, decía que el creador de *unomásuno* había fallecido en Hinojedo, España, durante el sueño, el viernes 23, "víctima de un paro cardíaco". Su hija Amelia informó que Manuel iba a venir a México a las votaciones del 2 de julio, pero que "ya no lo pudo hacer: se quedó dormido". ¡Qué envidia de *buena muerte*, sin darse cuenta acaso, pensé, sin sufrir la agonía en su tan buscada soledad. Luego me dije que la agonía le había durado bastantes años, desde 1989, en que Carlos Salinas de Gortari le "compró" su periódico y lo sacó del país, poniéndolo contra la pared con la espada del cobro perentorio de las deudas que el *unomásuno* había acumulado e intentado inútilmente renegociar los plazos de su pago. Manuel empezó a morir cuando perdió su periódico.

Desde el viernes en la noche, cuando corrió el rumor de su deceso en la Redacción, con la celeridad y la consternación

que produjo el saber del asesinato de Luis Donald Colosio y Francisco Ruiz Massieu, la partida de Jaime Sabines y Octavio Paz, el "error de diciembre" o la guerra del Golfo Pérsico, los destrozos de los ciclones y terremotos, muchos nos pusimos a llorar. Perdíamos al fundador, al líder carismático que supo conjuntar talentos en un momento clave de México (*Sucesión en familia*) tan encontrados que hoy casi todos andan dispersos, tras la diáspora de los disidentes que se fueron a hacer *La Jornada* en 1984. Yo perdí a un gran amigo, a un hermano de ideas y a un maestro de prácticas periodísticas. *Il miglior fabro*.

El jueves 29 en la noche nos juntamos sus amigos en la funeraria adonde llegaron sus restos tras varias horas de trámites en el aeropuerto. Amelia Becerra Molina nos recibió con entereza vestida de blanco. A mí me prestó Roberto Vallarino un abrigo gris y Rafael Cardona una corbata negra para vestirme de duelo. Por fortuna los políticos llegaron hasta el viernes al medio día (excepto Alfredo del Mazo, que estuvo desde la noche, amicísimo), cuando después de una misa se llevaron el ataúd de madera al panteón Jardín, en San Ángel. Todo estaba consumado. Pero los discípulos innumerables seguiremos en la brega. Su hijo Juan Pablo hereda la columna que Manuel tenía en el diario *Milenio*.

Julio Aguilar y Mary Carmen Sánchez Ambriz hablaron con Anamari Gomís, directora de Literatura del INBA, y le propusieron hacerme un homenaje por mis 40 años de maestro, editor y escritor en la Sala Manuel M. Ponce del Palacio de Bellas Artes. Todo lo manejaron en secreto, temiendo que yo los obligara a abortar su generoso proyecto. Cuando todo estuvo arreglado, invitaciones impresas, oradores comprometidos, convocado el público, me enteré al fin, por la indiscreción de un amigo que me habló para disculparse porque no podría asistir a mi "glorioso embalsamiento como momia sagrada". El homenaje salió muy bien, según el parecer general; yo en cambio sufrí mucho. Roberto Vallarino leyó un texto de Juan García Ponce ("Caminemos...") ya que su invalidez le impide salir de su casa hace muchos años; me conmovió enormemente. Luego Emmanuel Carballo contó anécdotas de las *perradas* crítico-satíricas que hemos hecho

juntos en Radio Universidad, en editoriales, periódicos, etcétera. Por su parte Alberto Ruy Sánchez escandalizó al respetable contando que yo les prestaba mi casa cuando eran mis alumnos en la Ibero a Margarita de Orellana y a él para que fueran a la biblioteca, cuando en realidad iban a enfrascarse en "batallas de amor en campo de plumas"; y luego sacó a una legión de otros estudiantes jariosos que me hacían aparecer como el regenteador de un hotel de rato. Varias veces ha hecho Alberto ese *numerito*, y se carcajea cuando le reclamo un sí es no es mortificado. Siguió el erudito Adolfo Castañón con unas cuartillas magnánimas para el "maestro" que fui en su juventud; se lo agradecí porque casi siempre mis alumnos me preguntan asombrados: "¿Todavía sigue dando Teoría Literaria en la Facultad, *maistro*?" "¡Sí, llevo 40 años haciendo lo mismo con cada generación: no he *ascendido* como ustedes!", les contesto. Y se van tan orondos. Terminó Enrique Serna leyendo un texto sobre el Batis "agitador cultural", que luego publicó en *Letras Libres*, la revista de Enrique Krauze, lo cual le causó algunos problemas porque ajustó cuentas con Christopher Domínguez Michael, quien en *El Ángel*, suplemento del diario *Reforma*, había hablado de un Huberto Batis reblandecido, senil, que si en los ochenta había publicado en *sábado* a estupendos escritores como Fabienne Bradu, Adolfo Castañón, Guillermo Sheridan y otros, en los noventa había presentado puras "babosadas", sin ningún criterio, ya reblandecido y paternalista. ¿Contra Pereira, Fadanelli, Volpi, Padilla, Urroz, Yehya, *Joserra* y tantos otros talentosos escritores que brillaron en los *sábados* de los noventa, iba dirigida la pedrada de *Christóforo*? ¿O contra las páginas tan leídas de *Niña Yhared* (1814), los orates, alcohólicos, *El Diablo*, *Lulú Uruchurtu*, el doctor Fernando Nachón?

Entonces subí yo al podio y me aplaudieron mucho, creo que excesivamente. Desahogué mis emociones durante más de una hora. Quería ser tierno, pero dice Guillermo Fadanelli que saqué mi alfanje y me puse a cortar cabezas, cosa que mi maestro José Luis Martínez me reprochó al final. La gente se reía, lloraba, se enojaba, se carcajeaba; hubo pues de todo. Al final querían copa, pero el INBA no contaba con presupuesto

para *vinillos de honor* y así lo anuncié. Catalina Miranda grabó mi rollo elegiaco en *cassetes* que no he querido oír... para no embutir más cuartillas en este mamotreto, que espero te sea leve, “hipócrita lector, mi semejante, mi hermano”, como diría Charles Baudelaire.

México, mayo-junio de 2000

1. *Por sus comas los conoceréis*

Huberto Batis

Cuando un nuevo conocimiento acumula tan espesa maraña de terminología como la Ciencia de la Comunicación, resulta más importante clarificar viejos conceptos que hacer nuevas aportaciones, sobre todo si ideas y nociones interdisciplinarias se han cruzado o apoderado libremente, de donde han resultado confusiones de términos que sólo revelan confusiones mentales.

Whitehead nos advirtió que debemos cuidarnos de los *libros útiles*, pero el macluhanismo ha vuelto indispensable un inventario taxonómico de conceptos, sin miedo a descubrir que algunos significan menos de lo que aparentan (de lo que prometen) o son sólo extravagancias y complicaciones inútiles de *lo evidente de suyo*.

Si uno no está preparado a reconocer como exacto un *rumor*, con bastante probabilidad necesita urgentemente revisar su taxonomía por más atrasada que le resulte al día siguiente. Se me ocurre aplicar al trabajo periodístico algunos principios diáfanos. Por ejemplo, si nuestros escritos son todavía *comunicación*, esto es si transmiten además de información, ideas y emociones... No hay *comunicación* si el receptor no resulta afectado y me retroalimenta; ejemplo de lo primero, invitaciones a leer o conversar —como en este momento—; de lo segundo, cartas, telefonazos, elogios o insultos de viva voz (“¡Cómo me he reído con tu artículo!” o “¿De veras te crees muy chistoso?”), apoyos privados o públicos de los colegas en otros periódicos, sobre todo apoyo de los editores. ¿Ataques? De todo: subterráneos, a mansalva, disfrazados, enmascarados, buscando todos que mis editores me repriman...

El lenguaje simbólico suscita casi las mismas respuestas,

para *vinillos de honor* y así lo anuncié. Catalina Miranda grabó mi rollo elegiaco en *cassetes* que no he querido oír... para no embutir más cuartillas en este mamotreto, que espero te sea leve, "hipócrita lector, mi semejante, mi hermano", como diría Charles Baudelaire.

México, mayo-junio de 2000

1. *Por sus comas los conoceréis*

Huberto Batis

Cuando un nuevo conocimiento acumula tan espesa maraña de terminología como la Ciencia de la Comunicación, resulta más importante clarificar viejos conceptos que hacer nuevas aportaciones, sobre todo si ideas y nociones interdisciplinarias se han cruzado o apoderado libremente, de donde han resultado confusiones de términos que sólo revelan confusiones mentales.

Whitehead nos advirtió que debemos cuidarnos de los *libros útiles*, pero el macluhanismo ha vuelto indispensable un inventario taxonómico de conceptos, sin miedo a descubrir que algunos significan menos de lo que aparentan (de lo que prometen) o son sólo extravagancias y complicaciones inútiles de *lo evidente de suyo*.

Si uno no está preparado a reconocer como exacto un *rumor*, con bastante probabilidad necesita urgentemente revisar su taxonomía por más atrasada que le resulte al día siguiente. Se me ocurre aplicar al trabajo periodístico algunos principios diáfanos. Por ejemplo, si nuestros escritos son todavía *comunicación*, esto es si transmiten además de información, ideas y emociones... No hay *comunicación* si el receptor no resulta afectado y me retroalimenta; ejemplo de lo primero, invitaciones a leer o conversar —como en este momento—; de lo segundo, cartas, telefonazos, elogios o insultos de viva voz (“¡Cómo me he reído con tu artículo!” o “¿De veras te crees muy chistoso?”), apoyos privados o públicos de los colegas en otros periódicos, sobre todo apoyo de los editores. ¿Ataques? De todo: subterráneos, a mansalva, disfrazados, enmascarados, buscando todos que mis editores me repriman...

El lenguaje simbólico suscita casi las mismas respuestas,

excepto en algunos que decodifican con deformación profesional gruesa; hay que disfrazarles las preguntas rudas: "¿Agarraste la onda? ¿Captaste el mensaje con todas sus redundancias?", por "¿Me estoy dando a entender?"

¿*Ruido* en la comunicación que limita la transmisión en mi canal? Sí: tinta borrosa, composición laberíntica, atiborramiento de la columna. ¿*Ruido* semántico?: palabras difíciles —cultismos— que deben ser evitadas en bien de mayor número de lectores. Tecnicismos que se autoexplican, diferencias entre emisor/receptor, en la denotación/connotación; estructura confusa de oración (*mea culpa*); diferencias culturales en los lectores (¿qué vamos a hacer, dada la educación nacional!). La incompleta alfabetización resulta a veces peor remedio que la enfermedad...

En los canales formales los redactores tienen siempre la responsabilidad de evaluar la información que transmiten. ¿Me comunico conmigo mismo antes de escribir? Mucho: una nota se va haciendo a lo largo de días y noches, se gesta incluso en conversaciones captando el rumor de la crítica flotante (esfuerzo colectivo por acuñar una definición).

En la comunicación restringida (clases en la universidad, por ejemplo) me siento a gusto. En la de masas (periódico), por el relativamente grande, heterogéneo y anónimo número de lectores, y el espacio —tan costoso— que ocupan mis teclazos, me paraliza continuamente. El apetito de la masa parece aumentar por los suplementos culturales (en los que principalmente me he desenvuelto); abundan y no son precisamente los medios más idóneos que necesita el público inculto. ¿Cuántos mexicanos leen periódicos, revistas, libros? En Estados Unidos, 90 por ciento de los adultos leen regularmente un diario; de 60 a 70 por ciento revistas; el 30 por ciento, libros. Hoy el concepto *prensa* incorpora también la radio y la TV, en donde hay *columnas* de opinión, comentaristas, dizque analistas.

Hay que dar movilidad al comentario y abandonar la noticia escueta —creo—; pero el *editorializar* a nombre de una organización no es mi intención ni mi cometido; expreso *mi opinión individual*, y si no choco seriamente con la redacción o con la dirección del diario, no quiere el que me toleren decir que

me aplaudan. No creo que sea posible hacer reseñas de libros —lo que más hago— *objetivas* omitiendo la opinión del redactor. El periodismo *objetivo* remplazó al periodismo personal del siglo XIX en el que me formé (deformé) por mis estudios académicos de escritores liberales mexicanos. Se le parecía mucho al periodismo que obstinadamente promovió determinados puntos de vista de mi grupo (o *mafia*). El periodismo personal es el comprometido (*engagé*, sartreano), defiende sus puntos de vista en artículos informativos en periódicos convencionales, si bien tiende a ser dogmático e intransigente.

Me siento más cerca del nuevo periodismo (*New Journalism*) subjetivo, creativo, cándido, que a partir de los años de mi juventud (los dorados 60) en todo el mundo utilizó las técnicas del escritor de ficción (descripción, detalles íntimos e ínfimos, presentación dramatizada, diálogo supuesto o ficticio, lenguaje coloquial), y no tengo pretensión alguna de ser *en rigor rigor* objetivo. Es el periodismo de *lo digo tal cual lo siento*, y descubro (desnudo) mis personalidades —máscaras, compromisos, sentimientos...

El enemigo aduce que el nuevo periodismo *juega* con los hechos, que se toma demasiadas libertades (excesivas) al comentar los sucesos en busca de conseguir efectos dramáticos y políticos. Se les compara con los redactores de la prensa *underground* tan doctrinarios. Especie de cronistas, hacen reportajes, investigan, interpretan, indagan hasta en los basureros (Watergate, Irangate); en EU son conocidos como *muckrakers* (periodistas *pepenadores* diríamos aquí), con un término usado alguna vez por Octavio Paz referido injusta/despectivamente al trabajo de higiene pública de Carlos Monsiváis en su benemérita columna "Por mi madre, bohemios".

De aquí el *periodismo activista*, de participación, que por desgracia afecta negativamente el crédito de la prensa, pues se interponen los peligros de la publicidad (de patrocinio, de relaciones públicas y aun las de dizque servicio público), que vende agresiva o encubiertamente (se vende, en todas sus acepciones).

Me interesa escribir para transmitir una actitud (no sólo creencia, evaluación, sino disposición a la acción o al comportamiento), que si logra expresarse consigue explicitar una

opinión (producto de mis actitudes ante las condiciones del ambiente, ordenadas en jerarquías o juicios de valor).

Ahora bien, en virtud de la retención selectiva, los lectores pueden oír del mismo columnista diferentes versiones de lo mismo; aprehenden el mensaje con más facilidad quienes simpatizan o congenian con él, sobre todo si es fácilmente asimilable. Pero los periodistas conscientes de la disfunción narcotizante de los medios masivos, desearían enfrascarse en discusiones con sus lectores. Una responsabilidad social impulsa al redactor a la tortura de escribir para la masa, a abandonar su seguridad/comodidad, sus metas/intereses estrictamente personales, y cuando se encuentra con el monopolio de la propaganda (que tanto abusa del escándalo *amarillista*) necesita venir a inocular contrapropaganda a los pocos individuos que aún no han salido vacunados para ser *resistentes* (inmunes) a ella.

Naturalmente el columnista individualista aspira a coincidir con otras opiniones personales y sumarse a ellas en el pluralismo del consenso, para que la opinión tenga importancia y *punch* como “opinión pública” difundida sin restricciones de censura gubernamental o autocensura precautoria. El redactor se enfrenta a la represión de la censura —ante todo la propia—, producto del desaliento o del temor que produce la represión del censor punitivo: el que objeta palabras, frases, artículos; el que impide la divulgación de un material que alguna autoridad podrá considerar pernicioso; el que manipula, el que saca al periodista de la circulación. En EU llaman *Gatekeepers* a esa especie de *cancerberos* que determinan si los mensajes pueden transmitirse y cómo, que tachan ciertos párrafos u oraciones, que descartan páginas enteras que deberían publicarse.

En el capítulo de la cultura de masas (popular) la taxonomía nos advierte claramente a los redactores que la producción y el consumo marchan cada uno por su lado. La producción (a mí me interesa la literaria, la artística) uniforma los productos para complacer los gustos-promedio. El prestigio lo otorga la masa y no la élite cultural; el éxito de la alta cultura es un espejismo en México, porque sólo interesa a la masa el chisme, el husmeo en la vida privada de los artistas. La masa exige distracción, como escapismo, sentimentalismo, emoción

espuria, y la subcultura —muy patrocinada oficialmente— trafica con esos *valores* de popularidad que se vuelven normas, tanto éticas como estéticas, en el arte y en la vida misma. La atracción de los mercados masivos distrae talento potencial de la creación artística; los escritores de éxito (*best-sellers*) se entregan al culto del Becerro de Oro.

La cultura de masas tiende a remodelar todo el arte; se descubren Hamlets-*hippies* y se cabecean en primera plana los exorbitantes precios cotizados por *los grandes* de la pintura.

Debo decir algo del *análisis de contenido*: los redactores desean saber qué clase de mensajes se toman en cuenta, qué tipos son comprendidos, recordados, o cuáles mueven a la acción al lector. Del estudio de las columnas se podrían extraer inferencias acerca del emisor: inteligencia, personalidad, actitudes, motivos, valores, metas, grupos a que pertenece o desea pertenecer, influencias que sobre él se ejercen (presiones), etcétera. En mi caso: si me gusta el gusto, si pertenezco a Alcohólicos Anónimos, si padezco o gozo de insomnio, si he leído *El capital*, si practico el culto o si me han aplicado la *acropodia*, si voté por el PRI alguna vez, si... El análisis de contenido es un método fino de hacer lo que un historiador o un estudioso de la literatura hace intuitivamente; a todo lo cual podría oponerse la opinión que dice que la *lectura impresionista* produce toscos análisis. Es más fácil la *estilística*; realizar un recuento de palabras o de énfasis tipográficos (*por sus comas los conoceréis*) que hacerlo, por ejemplo, de la aparición recurrente de un tema determinado. "Recuentos simples, directos, sólo permiten inferencias simples, directas."

Periodistas y articulistas —tan lejos y tan cerca—, leámonos, conozcámonos. Así nos entenderemos, y nos uniremos en la búsqueda de una verdad consensual.*

unomásuno, 19 de mayo de 1998

* Refundición de una ponencia leída en la reunión bilateral México-Estados Unidos, organizada por Hugo Margáin y Rosario Green en 1976, ante políticos de ambos países, en el Hotel Camino Real.



Huberto Batis (Guadalajara, 1934), es profesor de carrera en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM; ha sido director de Publicaciones y de la Imprenta Universitaria, del Centro de Estudios Literarios en el Instituto de Investigaciones Filológicas, y de la Secretaría de Extensión Académica de su Facultad. Ha publicado los *Índices de El Renacimiento. Semanario literario mexicano (1869)*, UNAM, 1963; *Lo que "Cuadernos del Viento" nos dejó*, Diógenes, 1984 y *Lecturas Mexicanas* del CONACULTA, 1994; *Estética de lo obscuro (y otras exploraciones pornotópicas)*, Universidades de Querétaro y del Estado de México, 1983, 1984 y 1986; *El Renacimiento (1869)*, edición facsimilar, UNAM, 1979 y 1993. Fundó con Carlos Valdés los *Cuadernos del Viento (1960-67)*; fue miembro del Consejo de Redacción de la *Revista Mexicana de Literatura*, tercera época (1960-65), dirigida por Juan García Ponce; dirigió la *Revista de Bellas Artes* del INBA (1965-71), el *Boletín de Filosofía y Letras*, y ha sido secretario y jefe de Redacción del suplemento *sábado* del *unomásuno* (1977), del que terminó siendo director de noviembre de 1984 a enero de 2000.